

## Racismo gallináceo

JAVIER

ORTIZ

Una señora llama alarmada a una emisora de radio porque se ha enterado de que la Consejería de Agricultura del Gobierno vasco ha tomado medidas para el control y la conservación de las variedades de gallinas y gallos autóctonos. «Se empieza con los animales y se acaba con las personas», denuncia indignada.

La señora en cuestión cree que hay que cortar de raíz con estas evaluaciones racistas en relación a las especies animales. Por el aquel de no jugar con fuego.

Su punto de vista me resultó muy puesto en razón.

Pero me decepcionó que no se mostrara del todo consecuente.

Debería haber extendido su criterio a todos los casos semejantes. Por razones que no alcanzo a comprender, no dijo nada en contra de los sospechosos esfuerzos que se realizan para mantener la pureza del cerdo ibérico. Esperé en vano que defendiera la urgente necesidad de llenar Jabugo de cerdos de pata rosadita, para que procreen en alegre y vivificante promiscuidad con las gorrinas de pata negra. Y viceversa.

Tampoco la vi nada preocupada por la existencia de criterios inequívocamente racistas en la cría caballar. Y eso que hasta su terminología es sospechosa: ¡mira que hablar de caballos de pura sangre! Nazismo puro.

Por no hablar de los perros (txakurrak, en euskara). Ahí el racismo llega a extremos que deberían forzar una urgente intervención de las organizaciones internacionales correspondientes, sean cuales sean. ¿Por qué oscuras razones los canófilos impiden el libérrimo cruce de las diversas razas perrunas? ¿Qué puede haber, sino nacionalismo de la peor especie -por así decirlo-, en el empeño en que perduren los setter ingleses y los pastores alemanes, en vez de fundirlos en un simbólico y comunitario cruce de sangres? ¿Por qué no ayudar a conseguir el mayor número posible de perritos fruto del fecundo encuentro entre, por ejemplo, chihuahuas y San Bernardos? Podría entender que se aislara a los lebreles afganos, por razones políticas, pero ¿a qué viene el afán por mantener los parámetros de la raza del épagneul bretón, sin ir más lejos?

El ideal sería, claro que sí, que las gallinas vascas se cruzaran con gallos franceses. Así se quedarían en Estado.

Ganas me dan -ya lo ven- de tomarme la cosa a broma.

Pero lo que hay por debajo de esa llamada a la radio no tiene la menor gracia. Es una muestra -otra- de los extremos a los que puede conducir la desconfianza hacia lo vasco, tan tesoneramente sembrada por tantos.